

14 de junio de 2026 - 11º Domingo del Tiempo

Ordinario

Ex 19,2-6; Rom 5,6-11; Mt 9,36–10,8

El Dios bondadoso nos fortalece con su amor, Jesús nos llama a seguirlo, el Espíritu de Dios nos anima, y el Dios Trino vive y actúa en medio de nosotros. ¡Que Él esté con ustedes!

INTRODUCCIÓN

Un campesino notó una vez un águila que crecía en un gallinero. Escarbaba la tierra como las otras, corría en círculos como las otras, y nunca levantaba la mirada muy lejos del suelo. Un día, al verla mirar brevemente hacia lo alto, la tomó con suavidad, la llevó a un alto acantilado y la sostuvo frente al viento.

Al principio el ave entró en pánico. Batía las alas torpemente, insegura, casi cayendo. Pero entonces algo más profundo se despertó en su interior—algo que nunca

había aprendido pero que nunca había perdido. Abrió sus alas y voló.

No se estaba convirtiendo en algo nuevo. Estaba llegando a ser lo que siempre había sido.

Esa es la historia escondida de la fe. Muchos de nosotros vivimos cerca del suelo de las preocupaciones diarias, de los hábitos y de los temores. Sin embargo, Dios no nos abandona allí. Él nos lleva, nos llama, y poco a poco despierta en nosotros lo que hemos olvidado: que le pertenecemos, que somos amados, y que estamos llamados a elevarnos.

El Dios bueno nos fortalece con su amor, Jesús nos llama a seguirlo, el Espíritu de Dios nos anima, y el Dios Trino vive y actúa en medio de nosotros. ¡Que Él esté con ustedes!

Y, sin embargo, a menudo resistimos esta gracia que nos eleva. Nos aferramos al suelo, olvidamos quiénes somos, y vivimos como si el miedo tuviera la última palabra. Por eso, volvamos nuestro corazón al Señor y pidámosle que

nos perdone, que nos sane, y que nos levante nuevamente a la libertad de sus hijos.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesucristo,

- tú ves cuando vivimos pegados al suelo del miedo en lugar de elevarnos hacia la libertad que nos ofreces.

Señor, ten piedad.

- tú nos llevas incluso cuando resistimos tu llamado y dudamos de tu amor. Cristo, ten piedad.

- tú despiertas en nosotros lo que es verdadero, llamándonos a ser lo que somos en ti. Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que el Dios bueno tenga misericordia de nosotros. Pero tú, Dios bueno, no nos abandonas en el suelo de nuestros temores. Tú nos levantas, perdonas nuestros pecados, sanas lo que está herido dentro de nosotros y despiertas en nosotros la vida que siempre has querido para nosotros.

Condúcenos de las tinieblas a la luz, del miedo a la confianza, y un día a la plenitud de la vida que nos has prometido. Amén.

INVITACIÓN AL GLORIA

Al presentarnos ante el Dios que nos lleva sobre alas de águila y despierta en nosotros lo que creíamos perdido, levantemos el corazón por encima del miedo, la confusión y la estrechez de nuestra mirada.

Con gratitud al Dios que no se cansa de nosotros, elevemos nuestra voz en su alabanza:

Gloria a Dios en el cielo...

ORACIÓN COLECTA

Dios misericordioso,

tú has llevado a tu pueblo sobre alas de águila y lo has atraído hacia ti. En Jesucristo nos has mostrado un amor que precede a todo mérito y una misericordia que restaura incluso al que ha caído. Despierta en nosotros el valor de confiar en tu llamado y la libertad de vivir como hijos tuyos.

Haznos capaces de acoger tu amor, de seguir a tu Hijo y de ser enviados al mundo como testigos de tu bondad. Te lo pedimos por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA: “LLEVADOS, ELEGIDOS Y ENVIADOS: EL DIOS QUE NO SE CANSA”

El águila que pensaba que era gallina

Existe una antigua historia de un águila que creció en un gallinero. Aprendió a escarbar la tierra, a correr en círculos y a vivir pegada al suelo. Un día, un campesino la vio mirar por un momento hacia el cielo. Tomó al ave, la llevó a un alto acantilado y la soltó suavemente.

Al principio batía las alas torpemente, insegura de sí misma. Luego algo profundo en su interior se despertó. Extendió sus alas... y voló.

No se estaba convirtiendo en algo nuevo. Finalmente estaba llegando a ser lo que siempre había sido.

Esa historia es la historia de la fe.

Porque la fe no consiste ante todo en volverse religioso. Se trata de descubrir quiénes somos en las manos de Dios: llevados, amados, elegidos y enviados.

1. Un Dios que nos lleva antes de mandarnos

En la primera lectura, Dios habla a Israel con una ternura inolvidable: “Los llevé sobre alas de águila y los traje hacia mí.”

Hay una imagen hermosa de la naturaleza que nos ayuda a comprender esto. Cuando un águila enseña a volar a sus crías, no simplemente las empuja al aire esperando lo mejor. Remueve el nido. Las empuja suavemente hacia el borde. Y cuando caen con miedo, se lanza debajo de ellas y las lleva sobre sus alas.

Ese no es un Dios “sobreprotector” que controla todo con ansiedad. Es un Dios que conduce a su pueblo a la libertad, aunque la libertad implique riesgo, aunque el crecimiento implique caídas.

Israel es primero sacado de la esclavitud, pasa por el mar y entra en el desierto. Solo entonces Dios habla de

alianza:

“Ustedes serán mi pueblo especial, un reino de sacerdotes, una nación santa.”

Primero la gracia. Luego la responsabilidad.

Primero la salvación. Luego la misión.

Y la pregunta que se nos plantea en silencio no es:

“¿Dejará Dios que caiga?”

Sino más bien: “¿Confiaré en Aquel que me lleva incluso cuando caigo?”

2. Un Dios que ama antes de que lo merezcamos

San Pablo dice algo que rompe todos los cálculos humanos:

“Cristo murió por nosotros cuando aún éramos pecadores.”

No cuando habíamos mejorado. No cuando éramos admirables. Sino cuando todavía éramos débiles.

Hay un momento en el Evangelio que muestra esto con claridad: Jesús se arrodilla y lava los pies de sus discípulos.

Uno por uno.

Lava los pies de Juan, el discípulo amado. Eso es esperable.

Pero también lava los pies de Judas, el que lo traicionará. Y los de Pedro, el que lo negará.

Él lo sabe todo de antemano. Y aun así se arrodilla.

Un maestro dijo una vez de un alumno con dificultades: “No lo mido por donde está, sino por donde puede llegar.”

Así ama Dios. No por cálculo, sino por llamado.

Y este amor no es solo un ejemplo: es derramado en nosotros por el Espíritu Santo. Por eso incluso amar a los enemigos se vuelve posible, no porque seamos fuertes, sino porque el amor de Cristo vive en nosotros.

3. Un mundo como ovejas sin pastor

Luego el Evangelio dirige nuestra mirada a la condición humana:

“Se compadecía de ellos, porque estaban como ovejas sin pastor.”

Un centro comercial lleno un sábado por la tarde puede verse así hoy: personas que se mueven rápidamente, rostros tensos, miradas fijas, hombros rígidos. No

relajados. No en paz. Incluso el descanso se vuelve presión.

Un empresario dijo una vez: “Siempre estoy conectado, pero rara vez tengo dirección.”

Otro confesó: “Tengo más información que nunca, pero menos claridad que antes.”

Es una forma extraña de cansancio—no solo físico, sino una desorientación interior.

Como un rebaño sin rumbo. Como un mundo lleno de movimiento pero falto de sentido.

Y sin embargo, Jesús no se desespera. Dice algo sorprendente:

“La cosecha es abundante.”

Es decir: hay más apertura en el corazón humano de lo que pensamos. Más búsqueda. Más disponibilidad. Más hambre de sentido.

Un agricultor, después del invierno, dijo una vez: “La gente cree que aquí no crece nada. Pero si escuchas con atención, todo ya está vivo bajo la tierra.”

Jesús ve el mismo mundo—y ve cosecha, no solo crisis.

4. La escasez no es de personas, sino de testigos

Pero entonces aparece la tensión:

“La cosecha es abundante, pero los trabajadores son pocos.”

No porque falte gente, sino porque pocos están dispuestos a ser enviados. Pocos creen que su vida puede ser significativa para otros. Pocos confían en que lo que han recibido vale la pena compartirlo.

Una parroquia reflexionaba sobre la disminución de la participación. Alguien dijo en voz baja:

“Tal vez el problema no es que la Iglesia no tenga nada que ofrecer, sino que ya no creemos que tenemos algo que valga la pena compartir.”

Eso llega más hondo que cualquier estructura o estadística.

Porque la verdadera escasez no es de personas. Es de convicción.

Por eso Jesús no comienza con estrategias. Comienza con la oración:

“Rueguen al Señor de la cosecha.”

La oración no es huir de la responsabilidad. Es redescubrir la dependencia.

Pero quien ora así sinceramente puede terminar escuchando una respuesta inquietante:

“Y tú... ¿irás?”

5. Elegidos—pero no automáticamente fieles

En este punto el Evangelio se vuelve muy realista. Jesús llama a doce discípulos. Doce, como las doce tribus de Israel—signo de un pueblo renovado. Les da autoridad. Los envía. Les confía su misión.

Y sin embargo, al final de la historia, le fallan. Uno lo traiciona. Otro lo niega. Los demás huyen.

Hay una verdad sobria aquí: ser elegido no garantiza la fidelidad.

Una pequeña comunidad reflexionó sobre su vida y dijo: “Pensábamos que participar era lo mismo que comprometerse. Pero la participación no es lo mismo que el discipulado.”

Judas no era un extraño. Estaba dentro del grupo.

El Evangelio no oculta esto. Dice la verdad sin adornos.

6. Pero el fracaso no es el final

Y sin embargo—y aquí el Evangelio se vuelve asombroso—el fracaso no es el final.

Un jardinero dijo una vez: “La poda parece una pérdida, pero es preparación para el crecimiento.”

Después de la Resurrección, Jesús vuelve a los mismos discípulos que le fallaron. No los reemplaza. Los restaura. Los envía de nuevo.

Pedro, que lo negó, se convierte en Pedro que lo anuncia. Pablo, que perseguía a la Iglesia, se convierte en Pablo que la lleva al mundo entero.

El mismo Pablo escribe: “Cristo murió por nosotros cuando aún éramos pecadores.”

Dios no espera la perfección. Comienza con la misericordia.

Y san Agustín dirá más tarde: “Tú estabas dentro de mí, y yo estaba fuera.”

Ese es el punto de cambio: no que nosotros encontremos primero a Dios, sino que Dios nunca deja de buscarnos.

7. “Gratis lo han recibido”

Entonces Jesús da una instrucción sencilla pero revolucionaria:

“Gratis lo han recibido, denlo gratis.”

Un sacerdote recordaba haber cantado esta frase en un grupo de oración: “Gratis, gratis lo han recibido; denlo gratis.” Notó algo llamativo: la gente lo cantaba con alegría, pero lo vivía con cautela.

Porque recibir es en realidad más difícil que dar.

Preferimos ganarnos lo que tenemos.

Pero la gracia no se puede ganar. Solo se puede recibir—y luego compartir.

Un hombre quiso devolver el favor a alguien que lo había ayudado tras un fracaso. El otro le dijo: “Si me lo devuelves, lo conviertes en una transacción. Déjalo como un don.”

Esa es la lógica del Evangelio: primero el don, luego la misión.

8. De llevados, a amados, a enviados

Así, el movimiento del Evangelio de hoy es claro:

Somos llevados—como Israel sobre alas de águila.

Somos amados—Cristo muere por nosotros siendo aún pecadores.

Somos llamados—aunque fallemos.

Y somos enviados—a una cosecha ya preparada.

Un pequeño grupo de discípulos cambió el mundo. No porque fueran fuertes, sino porque fueron llevados. Y todavía hoy, el mismo Dios envía a personas ordinarias—padres, maestros, trabajadores, jóvenes y ancianos—no porque sean perfectos, sino porque están disponibles.

Historia final: El águila que olvidó volar

Había otra versión de la historia del águila. Un águila fue criada entre gallinas. Creció pensando que pertenecía al suelo. Nunca miraba hacia arriba.

Un día, un hombre la llevó a una montaña, la sostuvo en sus manos y abrió sus brazos.

Al principio tembló. Luego dudó. Después algo profundo en su interior recordó. Y se elevó en el aire.

No se estaba convirtiendo en algo nuevo. Estaba llegando a ser ella misma.

Ese es el camino de la fe.

No se nos pide primero ser fuertes.

Se nos pide confiar en Aquel que nos lleva.

No se nos pide primero ser dignos.

Se nos pide recibir a Aquel que nos ama.

No se nos pide primero ser perfectos.

Se nos pide estar disponibles para Aquel que nos envía.

Y así, la pregunta es sencilla, pero decisiva:

¿Confiamos lo suficiente en Él como para dejarnos llevar, amar y enviar? Amén.

INVITACIÓN AL CREDO

Profesemos ahora nuestra fe en el Dios que nos lleva antes de mandarnos, que nos ama cuando aún somos pecadores, y que nos llama—aun en nuestra debilidad— a participar en su misión.

Con confianza en este Dios fiel, proclamemos juntos la fe de la Iglesia:

CREDO ALTERNATIVO (solo para meditación personal)

Creo en Dios, bondadoso como un padre y tierno como una madre, cuya grandeza ha creado el mundo; cuyo amor nos llamó a la existencia como seres humanos y nos confió su creación, para que vivamos en ella y de ella, para que la cuidemos y la hagamos habitable, y la sostengamos para todos los hombres.

Creo en Jesucristo, que es nuestro hermano y Señor; cuya vida nos muestra lo que significa tomar el amor en serio; que se dejó clavar en la cruz por amor a nosotros; a quien el Padre resucitó de la muerte y llevó a su presencia.

Creo en el Espíritu Santo, que vive y actúa en nosotros; que nos abre a la palabra y a la vida de Jesús; que nos impulsa a usar nuestras fuerzas

para renovar la faz de la tierra en el espíritu del amor,
como Jesús nos lo mostró con su vida.
Creo en este amor trinitario,
que nos quiere como comunidad,
que no deja de hacer tangible el perdón y la misericordia,
para que cada vez más personas busquen y encuentren el
camino hacia este Dios, y para que un día todos estemos
plenamente en casa con Él. Amén.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Presentemos ante el Señor los dones del pan y del vino, y
con ellos nuestra propia vida—a menudo débil, a veces
temerosa, pero ya tocada por su gracia. Oremos para que
sean agradables a Dios Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Dios bondadoso,
acepta estos dones que vienen de tu creación y del trabajo
de las manos humanas. Así como llevaste a tu pueblo por
el desierto, llévanos ahora a través de esta celebración

hacia una confianza más profunda en tu amor.

Transforma estos dones y transfórmanos a nosotros, para
que lleguemos a ser lo que tú ya ves en nosotros: un
pueblo renovado por la gracia y enviado a dar vida al
mundo.

Te lo pedimos por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y
salvación darte gracias siempre y en todo lugar, Señor,
Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

Porque tú eres el Dios que lleva a su pueblo sobre alas de
águila y lo conduce del miedo a la libertad. No nos
abandonas en nuestra debilidad, sino que te acercas a
nosotros con paciencia y misericordia.

En tu Hijo Jesucristo nos has mostrado tu bondad. Él ve a
las personas como ovejas sin pastor y se compadece de
ellas. Llama a los débiles y a los indignos, y les confía la
misión de tu Reino.

Por su muerte y resurrección revelas que tu amor precede a todo mérito. Incluso cuando fallamos, no te cansas de nosotros, sino que nos levantas y nos envías de nuevo. Así reúnes para ti un pueblo—no porque sea fuerte, sino porque es amado y llamado por tu gracia.

Por eso, con los ángeles y arcángeles, y con todos los coros celestiales, proclamamos tu gloria y cantamos sin cesar el himno de tu alabanza:

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Como hijos llevados por el mismo Padre, y como hermanos llamados a una misma misión, nos atrevemos a decir con las palabras que Jesús nos enseñó:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males, y de todo miedo que nos mantiene pegados al suelo cuando tú ya nos has llamado a elevarnos.

Líbranos de la ilusión de que estamos definidos por nuestros fracasos,

o de que estamos fuera del alcance de tu misericordia.
Rompe las cadenas del desaliento

y el miedo silencioso de no tener nada que ofrecer.

Llévanos de nuevo, como llevaste a Israel sobre alas de águila,

y condúcenos de la esclavitud a la libertad,

de la confusión a la claridad,

de la duda en nosotros mismos a la confianza en tu llamado.

Concédenos la paz en nuestros días,

una paz que no nace del control, sino del abandono confiado en tu amor.

Mientras esperamos la feliz esperanza

y la venida de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo,

tú miras un mundo inquieto y ves no solo confusión, sino también anhelo. Ves corazones que buscan sentido y vidas que tienen hambre de paz.

Míranos y danos tu paz—no una paz como la del mundo, sino la paz que nos devuelve a la confianza, al valor y a la esperanza.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios, que nos lleva cuando somos débiles, que nos alimenta cuando tenemos hambre y que nos envía cuando tenemos miedo.

Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Hemos recibido a Aquel que llevó a Israel sobre alas de águila, a Aquel que nos amó cuando aún éramos pecadores, a Aquel que nos llama y no se cansa de nosotros.

Ahora nos envía—no porque seamos fuertes, sino porque somos suyos. No porque seamos perfectos, sino porque somos amados.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor bondadoso,
nos has alimentado con el Pan de Vida y nos has fortalecido con tu presencia. No permitas que olvidemos lo que hemos recibido: que somos llevados, amados y enviados por ti.

Haznos testigos fieles de tu misericordia en el mundo, para que otros descubran tu bondad a través de nuestra vida.

Te lo pedimos por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que Dios todopoderoso,
que lleva a su pueblo sobre alas de águila,
los levante de todo miedo
y despierte en ustedes la dignidad de su vocación bautismal.

Que Él, que los llama por su nombre en Cristo Jesús,
sane lo que está herido en ustedes
y restaure en ustedes el valor de seguirlo.

Que el Espíritu Santo,
que renueva todas las cosas y envía a la Iglesia,
los fortalezca para ser testigos fieles del Evangelio
en todo lo que digan y hagan.
Y que la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo,
descienda sobre ustedes y permanezca para siempre.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz. Anuncien el Evangelio del Señor.
Vayan como quienes han sido llevados, amados y
enviados.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

No estás hecho para vivir pegado al suelo del miedo y de
las limitaciones.
Eres llevado por Dios, amado más allá de tus méritos y
enviado al mundo con una misión.
Confía en Aquel que te levanta—y aprende a volar.

**15 de junio de 2026 – Lunes, 11ª Semana del Tiempo
Ordinario**

1 Re 21,1-16; Mt 5,38-42

INTRODUCCIÓN

Hace algunos años, un viajero en un tren lleno presencié una fuerte discusión entre dos pasajeros. Las voces se elevaron, se intercambiaron insultos y todo el vagón parecía tensarse. En un momento, parecía que la situación podía empeorar aún más. Entonces, de manera inesperada, uno de los hombres simplemente guardó silencio, apartó la mirada y decidió no responder al último insulto. El silencio cambió el ambiente. La ira ya no tenía hacia dónde dirigirse, y poco a poco la tensión se disipó. Lo que pudo haber terminado en violencia fue perdiendo su fuerza lentamente.

Escenas como esta nos recuerdan cuán frágiles pueden ser nuestras reacciones humanas cuando somos heridos o provocados. A menudo nos encontramos en una encrucijada entre la represalia y la contención, entre

devolver mal por mal o negarnos a dejar que el daño se multiplique.

Las lecturas de hoy ponen esa encrucijada delante de nosotros de manera muy directa: la violenta apropiación de la viña de Nabot mediante la codicia y la manipulación, y las palabras de Jesús que llaman a sus discípulos a una respuesta radicalmente distinta ante el mal. El hilo conductor que recorre ambas lecturas puede expresarse así: el impulso divino de vencer el mal con el bien.

Sin embargo, si somos sinceros, reconocemos cuántas veces no alcanzamos ese ideal. Con facilidad justificamos el resentimiento, la represalia o la indiferencia cuando somos heridos. Al comenzar esta Eucaristía, pedimos la misericordia del Señor por las veces en que hemos dejado que la lógica de la venganza, en lugar de la lógica de la gracia, modele nuestros pensamientos, palabras y acciones.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú rompiste el ciclo de la violencia con tu misericordia: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú nos enseñas a recorrer la milla extra en el amor: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú venciste el mal con la fuerza del bien: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros y perdone las veces en que hemos dejado que el resentimiento endurezca nuestro corazón, los momentos en que hemos respondido al daño con más daño, y las ocasiones en que no hemos confiado en el poder de tu gracia para romper el ciclo de la venganza.

Que nos libere de la lógica de la venganza que vemos en el pecado de Ajab y Jezabel, y restaure en nosotros el espíritu de Cristo,

que nos enseña a vencer el mal no devolviéndolo, sino negándonos a dejar que se multiplique.

Que nos conceda el perdón, la sanación del corazón y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, fortaleza de los que esperan en ti, que en tu Hijo nos enseñas a no dejarnos vencer por el mal, sino a vencer el mal con el bien, concédenos la gracia de imitar su paciente perseverancia y su amor generoso, para que, cuando seamos ofendidos, no seamos dominados por el resentimiento, sino formados por la libertad de tu Reino. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Una mujer había fallecido, y me encontré con su esposo y sus hijos para preparar el funeral. Al hablar de su vida, todos usaban la misma expresión sencilla: ella “siempre

hacía un esfuerzo extra”. Era su manera de decir que hacía más de lo esperado, más de lo requerido y más de lo que se le devolvía. Tenía un espíritu generoso que no llevaba cuentas.

Esa expresión refleja bien el espíritu de la enseñanza de Jesús en el Evangelio de hoy: “Al que te obligue a caminar una milla, acompáñalo dos.” Jesús no está dando un plan de viaje literal, sino señalando un corazón que se niega a vivir según el mínimo exigido o según la lógica de la represalia. “Ojo por ojo y diente por diente” servía en otro tiempo para limitar la venganza, pero Jesús va más allá de limitar la violencia: llama a sus discípulos a terminar con su lógica por completo.

Esto se vuelve aún más claro cuando lo ponemos junto a la historia de la viña de Nabot (1 Re 21). Nabot se niega a vender la heredad de sus padres, y como respuesta, Ajab y Jezabel recurren al engaño, a la falsa acusación y finalmente al asesinato. Es un retrato trágico de lo que sucede cuando el deseo se convierte en derecho y el derecho se convierte en violencia. El mal se multiplica

cuando se responde con mal.

Jesús, en cambio, rompe esa cadena. Llama a sus seguidores a resistir ese ciclo: “No hagan frente al que les hace mal.” San Pablo expresa la misma convicción de otra manera: “No te dejes vencer por el mal, antes bien, vence al mal con el bien.” Esto no es pasividad; es una fuerza de otro orden. Es la fuerza de Dios.

Pero sabemos lo difícil que es. Nuestro impulso suele ser inmediato: responder al insulto con insulto, al rechazo con rechazo, al daño con daño. Incluso en la vida cotidiana—en casa, en el trabajo, en la sociedad—sentimos la tentación de “equilibrar la balanza” a nuestro favor. Por eso san Pablo también nos advierte que no descuidemos la gracia que hemos recibido. Esta forma de vivir no nace de nosotros mismos; nace del Espíritu.

En cierta ocasión, en una pequeña comunidad, dos vecinos habían vivido durante años enfrentados por un terreno. Las palabras duras se habían acumulado con el tiempo. Un día, uno de ellos, cansado de la división, decidió dar el primer paso: se acercó, pidió perdón por su

parte en el conflicto y ofreció compartir lo que antes defendía como exclusivamente suyo. El otro quedó desconcertado. Aquella iniciativa inesperada no aumentó la disputa, sino que la desarmó. Poco a poco, lo que había sido enemistad comenzó a transformarse en respeto y, finalmente, en paz.

Ese es el misterio que Jesús nos presenta hoy. El mal no tiene la última palabra cuando se le permite a la gracia hablar. Y donde estamos dispuestos—aunque sea imperfectamente—a dar ese paso extra, el Reino de Dios irrumpe silenciosamente.

Años después, un preso escribió una carta a la familia de la persona a quien había hecho daño. Esperaba recibir enojo como respuesta, o al menos silencio. En cambio, recibió una respuesta que decía simplemente: “Te perdonamos. Estamos rezando por ti.” Esas palabras lo sacudieron más que cualquier castigo. Abrieron en él un espacio que no sabía que existía: un espacio donde la vergüenza no tenía la última palabra y donde el cambio aún era posible.

Eso es lo que sucede cuando el mal no se devuelve con mal, sino que se encuentra con una fuerza distinta.

Al salir de esta celebración, la pregunta permanece con nosotros: ¿permitiremos que el ciclo del daño continúe a través de nosotros, o ayudaremos, con la gracia de Cristo, a ponerle fin?

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Al presentar estos dones, pidamos al Señor que se unan a la ofrenda de Cristo, que no devolvió mal por mal, sino que transformó el sufrimiento en amor redentor, y oremos para que nuestro sacrificio sea agradable a Dios Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Recibe, Señor, los dones que te presentamos con humilde acción de gracias, y concédenos que, alimentados por tu gracia, aprendamos la sabiduría de Cristo, que rechazó la venganza y abrió el camino de la reconciliación. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación,
darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo,
Dios todopoderoso y eterno.

Porque en tu Hijo amado has revelado una sabiduría que supera el instinto humano:

que el odio no se vence con odio,

ni la violencia con violencia,

sino que el mal es vencido por la fuerza silenciosa del amor. Él nos enseñó a bendecir a los que nos maldicen,
a orar por los que nos persiguen,

y a caminar por el sendero de la libertad que no imita la injusticia, sino que rompe su cadena.

Por su Cruz rechazó la venganza,

y en su Resurrección abrió un camino nuevo de vida,
donde el perdón es más fuerte que la venganza
y la misericordia más duradera que el pecado.

Por eso, con los ángeles y todos los santos,
proclamamos tu gloria diciendo: Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Reunidos como una sola familia, y enseñados por el Salvador que venció el mal con el amor y no con la fuerza, nos atrevemos a decir como él nos enseñó:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males, especialmente del impulso interior de devolver mal por mal, y de la tentación sutil de justificar el resentimiento como si fuera justicia. Concédenos la paz en nuestros días, para que, fortalecidos por tu gracia, seamos liberados de los esquemas de violencia y de represalia que vemos en el mundo y en nuestros propios corazones, y aprendamos, en cambio, el camino de tu Hijo, que responde a la hostilidad con misericordia y nos invita a recorrer la milla extra en el amor.

Con la ayuda de tu misericordia, vivamos siempre libres de pecado y protegidos de toda perturbación, mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo,
tú te apartaste de la lógica de la venganza y revelaste la paz del Reino por medio de la misericordia;
no tengas en cuenta nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia,
y concédele la paz y la unidad según tu voluntad.
Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios,
que no vence con violencia sino con el amor que se entrega.
Dichosos los invitados a la cena del Señor,
donde somos fortalecidos para vivir no según la represalia,
sino según la gracia.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Habiendo recibido el Cuerpo de Cristo,
somos alimentados por Aquel que rechazó responder al

odio con odio. En silencio ante Él, somos invitados una vez más a soltar lo que nos ata al resentimiento y a acoger, en su lugar, la libertad del perdón.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Que esta sagrada Comunión, Señor,
nos confirme en el camino de tu Hijo,
para que, fortalecidos por su gracia,
venzamos el mal con el bien
y vivamos como verdaderos testigos de tu amor
reconciliador. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

El Señor los bendiga y los guarde en su paz,
libere sus corazones del peso del resentimiento
y les enseñe la suave fortaleza del perdón;
y la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo,
descienda sobre ustedes y permanezca para siempre.
Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz,
y que el bien que han recibido en Cristo
venza toda huella de mal que encuentren.
Demos gracias a Dios.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

El mal no termina cuando se le responde con el mismo
mal,
sino cuando es interrumpido por el amor.

16 de junio de 2026 – Martes, 11ª Semana del Tiempo Ordinario

1 Re 21,17-29; Mt 5,43-48; «Un amor que busca el bien del otro, incluso del enemigo.»

INTRODUCCIÓN

En una escuela primaria, dos niños no se habían hablado durante meses. Un pequeño malentendido en un partido de fútbol se había convertido en un silencio obstinado y luego en hostilidad. Un día, durante un ejercicio de clase sobre la amabilidad, la maestra pidió a cada niño que escribiera el nombre de alguien con quien le resultara difícil llevarse bien y que hiciera en secreto una buena acción por esa persona. Uno de los niños dudó durante mucho tiempo, y finalmente escribió el nombre del otro. A la mañana siguiente, el otro niño encontró en su mochila un sándwich cuidadosamente envuelto con una nota: «Sin rencores». Fue un gesto pequeño, pero comenzó a derribar un muro endurecido.

Momentos como ese nos recuerdan lo difícil y, al mismo

tiempo, lo sanador que es ir más allá de nuestras reacciones naturales. La mayoría de nosotros puede ser amable cuando se siente respetado o apreciado. Pero cuando nos sentimos heridos, ignorados o tratados injustamente, algo dentro de nosotros se resiste a cualquier gesto de buena voluntad. Tendemos a medir el amor por la respuesta, y la bondad por la reciprocidad. Sin embargo, el Evangelio que escuchamos hoy va más allá de ese instinto. Jesús habla de un amor que no se mide por lo que recibe, sino por la libertad: un amor que refleja el mismo corazón de Dios, que hace salir su sol y caer su lluvia sobre todos por igual.

Y así llegamos al umbral de esta Eucaristía conscientes de cuántas veces nuestro amor ha sido condicionado, selectivo o limitado. Pedimos ahora al Señor misericordia por las veces en que hemos retenido el bien, y la gracia de dejarnos moldear por un amor más grande que nuestros propios impulsos.

ACTO PENITENCIAL CON INVOCACIONES KYRIE

Señor Jesús, que oraste por los que te crucificaban:

Señor, ten piedad

Señor Jesús, que nos llamas a bendecir a quienes nos maldicen:

Cristo, ten piedad

Señor Jesús, que revelas el amor perfecto del Padre para todos:

Señor, ten piedad

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que el Dios que hace salir su sol sobre buenos y malos nos libere de todo juicio endurecido del corazón y nos purifique de la negativa a amar a quienes nos hieren.

Que sane lo que está dividido en nosotros y restaure en nosotros la imagen de su amor misericordioso, y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, fortaleza de los que esperan en ti, que nos llamas a un amor que trasciende el instinto y la herida, concédenos un corazón formado según tu propia bondad, para que no midamos el amor por lo que recibimos, sino que aprendamos a buscar el bien de toda persona, incluso de aquellos que se oponen a nosotros o nos hieren.

Haznos perfectos en tu amor, no por la ausencia de fallos, sino por la amplitud de la caridad que refleja tu misericordia para todos. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo, y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Durante la tregua de Navidad de 1914, en algunas partes del frente occidental, ocurrió algo inesperado. Soldados que pocos días antes se habían estado disparando

salieron con cautela de sus trincheras. En la tierra de nadie, helada, intercambiaron regalos, compartieron comida e incluso jugaron al fútbol. Por un breve momento, los enemigos se vieron como seres humanos. Sin embargo, cuando terminó la tregua, volvieron a la guerra. El Evangelio de hoy va más allá de esas pausas frágiles en la hostilidad. Jesús no habla de una enemistad suspendida, sino de un corazón transformado: «Amen a sus enemigos y recen por los que los persiguen».

El hilo conductor es claro y exigente: un amor que busca el bien del otro, incluso del enemigo. Jesús no pide un sentimiento, sino un acto de la voluntad: desear y orar por el verdadero bien del otro. Incluso cuando la reconciliación es imposible, el odio no debe tener la última palabra.

Incluso cuando la relación no puede restaurarse, todavía podemos interceder por la liberación del otro del mal.

Esto revela el modo mismo de amar de Dios. El sol sale sobre justos e injustos por igual. La perfección de Dios no es distancia, sino generosidad sin límites. Ser «perfectos como el Padre celestial es perfecto» no significa no tener

defectos, sino un amor que ya no se limita a quienes lo devuelven.

Ese amor no surge de manera natural. Instintivamente nos inclinamos hacia la reciprocidad: bien por bien, mal por mal. El discipulado es la lenta conversión de ese instinto: aprender a orar cuando querríamos condenar, a desear la sanación cuando preferimos la distancia, y a confiar la justicia a Dios mientras rechazamos el odio.

Jesús nos da un camino concreto: la oración. «Recen por los que los persiguen». La oración es la primera grieta en el muro de la hostilidad. Devuelve al otro su condición de persona ante Dios y comienza a transformarnos desde dentro.

Recuerdo a un joven enfermero en una zona de conflicto que atendía a un hombre herido implicado en un ataque contra su comunidad. Todo en él se resistía. Pero mientras lo atendía, se dio cuenta de que el hombre no era mucho mayor que él. Más tarde dijo: «Si dejaba de verlo como persona, yo mismo me volvía menos persona». No justificó el daño, pero se negó a dar lugar al odio.

Esta es la dirección del Evangelio: no negar el mal, sino amar con una fuerza que no se deja moldear por la enemistad. Un amor que busca el bien incluso de quien no busca el nuestro: un amor que refleja al Padre.

Un capellán de prisión dijo una vez a un delincuente violento que le preguntaba por qué seguía visitándolo: «No estoy aquí por lo que mereces, sino porque Dios no ha renunciado a lo que puedes llegar a ser». Tras una pausa, el hombre preguntó: «¿Incluso después de lo que he hecho?» Y la respuesta fue: «Especialmente después de lo que has hecho». Ese amor no lo transforma todo inmediatamente, pero abre un futuro donde Dios sigue obrando en cada vida humana.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que nuestra ofrenda sea purificada de todo rastro de resentimiento o división, y lo que presentamos brote de corazones que están siendo sanados a imagen del amor universal de Dios, y así nuestro sacrificio sea agradable a Dios Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor, acepta los dones que presentamos ante tu altar y purifícanos de toda amargura que se opone a la reconciliación.

Transforma estas ofrendas en el sacramento del amor entregado de tu Hijo, para que quienes lo recibimos aprendamos a desear el bien incluso de aquellos a quienes nos cuesta perdonar. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno. Porque en tu Hijo has revelado un amor sin medida, un amor que no espera mérito, sino que alcanza incluso a quienes se alejan. En él nos enseñas que la perfección no es dureza de juicio,

sino la libertad de querer el bien de toda persona.
Por su Cruz rompió el ciclo de la enemistad,
y por su Espíritu derrama en nuestros corazones
el valor de bendecir donde fuimos heridos
y de orar donde antes éramos tentados a condenar.
Y por eso, con los ángeles y los santos,
proclamamos tu gloria cantando:
Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios del universo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Antes de atrevernos a llamar a Dios Padre,
Cristo nos recuerda que sus hijos se forman en un amor
que no se detiene en la reciprocidad.
Él nos enseña a orar incluso por quienes se oponen a
nosotros
y a desear su bien ante Dios como deseamos el nuestro.
Así, perdonados y reunidos en una sola familia,
una familia llamada a ir más allá de toda división y
enemistad,
oremos con corazones moldeados por su amor perfecto:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males,
especialmente de la esclavitud del resentimiento y la
atadura del odio;
concédenos la paz en nuestros días,
para que, ayudados por tu misericordia,
vivamos siempre libres de pecado y protegidos de toda
perturbación,
mientras esperamos la gloriosa venida
de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo,
que reconciliaste al mundo con el Padre por la sangre de
tu Cruz, enseñándonos un amor que rechaza el odio y
vence la enemistad;
concédenos la paz que brota de ese amor,
para que no devolvamos mal por mal,
sino que seamos instrumentos de tu gracia reconciliadora.
Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios,
que no rechaza a los pecadores,
sino que se entrega incluso por quienes lo rechazan.
Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Habiendo recibido el Cuerpo de Cristo,
somos alimentados por Aquel que amó a sus enemigos
hasta la muerte.

Esta Eucaristía no es solo consuelo, sino conversión:
transforma nuestro corazón para que ya no definamos a
los demás por sus faltas,
sino por la posibilidad de la gracia que sigue obrando en
ellos.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Alimentados por este sacramento de amor,
te pedimos, Señor,
que lo que hemos celebrado con los labios

arraigue en nuestra vida.

Sana en nosotros toda resistencia a la caridad
y haznos capaces de desear el bien
incluso de aquellos a quienes nos cuesta perdonar.
Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor los bendiga y los guarde en su paz,
liberando sus corazones de todo resentimiento.
Que les enseñe a amar no solo a quienes los aman,
sino también a quienes se oponen a ustedes.
Y que los haga testigos de su amor perfecto en el mundo.
Y la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y
Espíritu Santo,
descienda sobre ustedes y permanezca para siempre.
Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz,
no limitados por la reciprocidad del afecto,
sino fortalecidos para amar como Dios ama.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

El verdadero amor cristiano no se mide por quién lo merece,
sino por la decisión de buscar el bien del otro,
incluso cuando ese otro no busca el nuestro.

17 de junio de 2026 – Miércoles, 11ª Semana del Tiempo Ordinario

2 Re 2,1. 6-14; Mt 6,1-6. 16-18; “El Padre que ve en lo secreto modela un corazón que da con alegría escondida.”

INTRODUCCIÓN

En un pequeño pueblo costero, había un zapatero conocido solo por su rutina silenciosa. Cada noche, después de cerrar su taller, dejaba un par de zapatos reparados fuera de las puertas de familias que sabía que estaban pasando dificultades. Sin nota, sin nombre, sin explicación. Pasaron años antes de que alguien descubriera quién había estado ayudándolos a caminar con más comodidad en tiempos duros. Para entonces, muchos ya habían supuesto que simplemente era “alguna bondad en el pueblo”.

Lo que más sorprendía a la gente no era la generosidad en sí, sino el hecho de que había perdurado sin reconocimiento. En un mundo donde casi todo se comparte, se publica o se reconoce, una bondad así,

escondida, parecía casi extraña—y, sin embargo, profundamente atractiva. Suscitaba una pregunta: ¿qué clase de corazón da cuando nadie está mirando?

Las Escrituras de hoy desplazan suavemente nuestra atención de lo visible a lo escondido. En el Segundo Libro de los Reyes, Eliseo toma el manto de Elías y cruza el Jordán con la fuerza de la presencia de Dios, no del aplauso humano. En el Evangelio, Jesús habla de una justicia que no se practica para ser vista, sino que se vive ante el Padre que ve en lo secreto.

Y así venimos ante el Señor, conscientes de que mucho de nuestro modo de vivir está mezclado en sus motivaciones. Algunas de nuestras acciones buscan aprobación, reconocimiento o una satisfacción silenciosa. Por esto, y por las veces en que hemos vivido más para los ojos de los demás que para la mirada de Dios, acudimos ahora a la misericordia del Señor en el acto penitencial.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, Tú nos enseñas que el Padre que ve en lo secreto se alegra en la verdad: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, Tú purificas nuestro deseo de la apariencia y nos llamas a una fidelidad escondida: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, Tú eres la alegría de quienes dan sin contar el costo y aman sin necesitar aplauso:

Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, que ve no solo lo que se hace en público sino también los movimientos del corazón escondido, y que nos llama a apartarnos de la necesidad de aprobación hacia la libertad de la verdad; perdone nuestros pecados, sane lo que está dividido dentro de nosotros, y nos enseñe a vivir ante Él con sencillez y alegría, y nos lleve a la vida eterna.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que no miras como mira el mundo, sino que contemplas con misericordia el corazón, concédenos la gracia de vivir ante Ti con sinceridad y libertad, para que, liberados de la necesidad de aprobación humana, encontremos la alegría de servirte en fidelidad escondida. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo, y es Dios por los siglos de los siglos.

HOMILÍA

Cuando Elías es llevado al cielo en el torbellino, Eliseo se queda junto al Jordán sosteniendo el manto del profeta. Al golpear el agua con ese manto, el río se divide, y Eliseo cruza—no por su propio poder, sino por el don que ha recibido. Es un momento de transición: la obra de Dios continúa, pero ahora por medio de un nuevo servidor que debe aprender que la autoridad en el Reino de Dios nunca

se genera por sí misma, sino que siempre se recibe.

Ese mismo paso del yo al don está en la base de las palabras de Jesús en el Evangelio. “Cuídense de no practicar su justicia delante de los hombres para ser vistos por ellos.” La limosna, la oración, el ayuno—son actos santos, pero pueden volverse vacíos si se convierten en espectáculo. Jesús no desanima la bondad; purifica su fuente. La cuestión no es si actuamos, sino desde dónde brota nuestra acción.

La intuición de san Pablo—“Dios ama al que da con alegría”—lleva esto a su raíz más profunda. Dar con alegría no es un optimismo ingenuo; es la gratitud hecha visible. Es lo que sucede cuando una persona se da cuenta de que todo ya ha sido recibido. Incluso en la prisión, Pablo escribe con gozo, porque ya no mide su vida por la comodidad o el reconocimiento, sino por Cristo que lo fortalece. Cuando la gratitud reemplaza el cálculo, el dar se vuelve ligero.

Y así el Evangelio y la primera lectura se encuentran: Eliseo recibe el manto; Pablo recibe fuerza en la debilidad;

y Jesús nos llama a recibir nuestra vida como don, en lugar de vivirla como una actuación. El peligro que Jesús señala es sutil: hacer lo correcto por la mirada equivocada. Incluso la oración puede convertirse en autoexhibición; incluso el ayuno puede transformarse en demostración. Pero el Padre que ve en lo secreto nos llama de nuevo a la sencillez.

En ese lugar escondido ocurre algo sorprendente: crece la libertad. Cuando ya no necesitamos ser vistos, nos volvemos capaces de ver a los demás. Cuando ya no necesitamos ser alabados, nos volvemos capaces de amar. Cuando ya no actuamos para Dios, comenzamos a vivir con Dios.

Se cuenta la historia de una mujer anciana que vivía sola en un barrio humilde. Cada madrugada, antes de que amaneciera, salía en silencio a barrer la acera de toda la calle, recogiendo hojas, basura y polvo que otros habían dejado. Nadie la veía hacerlo. Los vecinos simplemente notaban que cada mañana la calle estaba limpia. Durante años, nadie supo quién era. Cuando finalmente alguien la

descubrió y quiso agradecerle, ella respondió con sencillez: “Lo hago porque Dios pasa por esta calle cada día.” Nada en su situación era llamativo, pero todo en su espíritu era discretamente luminoso.

Ese es el misterio al que Jesús nos conduce: el Padre que ve en lo secreto no busca apariencia, sino verdad. Y donde se encuentra la verdad, incluso en lo escondido, comienza a crecer la alegría—silenciosa, constante e inmovible.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Al presentar estos dones, pidamos al Señor que purifique nuestra intención, para que lo que ofrecemos no sea para aparentar ante los demás, sino expresión de corazones vueltos silenciosamente hacia el Padre que ve en lo secreto, y oremos para que sean agradables a Dios Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oh Señor, que te complaces en lo que se ofrece con humildad y amor, acepta estos dones que ponemos ante Ti.

Que no sean una manifestación exterior, sino la verdad escondida de vidas entregadas a tu voluntad, para que nuestro ofrecer sea purificado ante tus ojos. Por Jesucristo nuestro Señor.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación, darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

Porque Tú no juzgas por las apariencias exteriores, sino que miras el corazón y te complaces en lo que se hace con amor y sinceridad.

En tu Hijo Jesucristo has revelado una sabiduría que supera las expectativas humanas: que lo que está oculto no se pierde, y lo que se hace en

secreto por Ti da fruto duradero.

Nos enseñas que la oración, el ayuno y la generosidad no son actuaciones para los ojos de los demás, sino caminos silenciosos de comunión contigo, donde el alma es purificada del orgullo y restaurada a la alegría.

Por Él los soberbios son humillados y los humildes son exaltados, y los que dan sin contar son colmados con la alegría de tu Reino.

Y así, con los Ángeles y los Arcángeles, cantamos el himno de tu gloria, diciendo sin cesar:

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Con confianza en el Padre que ve en lo secreto y provee a todas nuestras necesidades, oremos con corazones sencillos y sinceros:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males, especialmente de la inquieta necesidad de ser vistos y

aprobados por los demás, y concédenos la paz en nuestros días,
para que, libres del peso de la apariencia y de la autoexhibición,
vivamos en la alegría silenciosa de tu presencia,
y, con la ayuda de tu misericordia,
seamos siempre libres de pecado y protegidos de toda perturbación, mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo,
que nos enseñas que la mirada del Padre descansa sobre los lugares ocultos del corazón,
concédenos aquella paz que no proviene del reconocimiento o del aplauso, sino de vivir en la verdad ante Ti. Líbranos de la necesidad de ser vistos, para que aprendamos a ver a los demás con tu compasión.
Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios, que se entrega no para ser visto, sino en amor escondido para la salvación del mundo.

Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Habiendo recibido el Cuerpo de Cristo, se nos recuerda que las obras más grandes de Dios a menudo parecen pequeñas y ocultas.

En este silencio dentro de nosotros, el Padre continúa su obra silenciosa, formando corazones que dan sin contar, aman sin buscar atención y se alegran sin necesitar reconocimiento.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Concédenos, Señor, a quienes hemos sido alimentados con estos santos misterios,
que llevemos dentro de nosotros la alegría silenciosa de tu

presencia,
y vivamos no para la alabanza humana sino para la verdad
de tu mirada,
de modo que nuestras vidas se conviertan en una ofrenda
escondida de amor.
Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

La bendición de Dios todopoderoso descienda sobre
ustedes,
Él que ve cada uno de sus actos de amor escondido y los
fortalece en la fidelidad silenciosa,
el Padre, y el Hijo, ✠ y el Espíritu Santo.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando al Señor con su vida,
confiando no en lo que ven los demás, sino en la alegría
escondida de servir al Padre que ve en lo secreto.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

La vida más fecunda suele ser la menos notada:
lo que se hace con amor, aunque no sea visto por los
demás, nunca deja de ser visto por Dios—y nunca carece
de alegría.

18 de junio de 2026 – Jueves, 11ª Semana del Tiempo Ordinario

Eclesiástico 48,1-14; Mateo 6,7-15

«De muchas palabras a un corazón confiado»

INTRODUCCIÓN

En una sala de conciertos muy concurrida, una orquesta se preparaba para una gran presentación. Cada músico afinaba su instrumento por su cuenta: los violines chirriaban, los metales probaban fuertes estallidos de sonido, los percusionistas marcaban ritmos irregulares. El resultado no era música sino ruido, una tormenta caótica de sonidos que competían entre sí. Entonces el director subió al podio, levantó la mano y, en un instante, todo quedó en silencio. En ese silencio, algo nuevo se hizo posible: la armonía.

A menudo llevamos algo de ese mismo ruido a nuestra vida interior. Nuestros pensamientos, preocupaciones y deseos pueden volverse como instrumentos sonando todos a la vez. Incluso nuestra oración puede comenzar a

parecerse a ese ruido: muchas palabras, ansiedades repetidas, una búsqueda de la “fórmula correcta” para captar la atención de Dios.

Las Escrituras de hoy nos invitan a un espacio muy distinto. El Eclesiástico alaba la grandeza de Dios manifestada en la historia, mientras que Jesús, en el Evangelio, habla de la oración no como una actuación, sino como una relación: sencilla, confiada y abierta al Padre que ya conoce nuestras necesidades.

Y así, al reunirnos, reconocemos cuán fácilmente nuestros corazones se vuelven ruidosos y distraídos. Presentamos ante el Señor no solo nuestras oraciones, sino también nuestra inquietud, nuestra falta de confianza y nuestra tendencia a hablar sin entregarnos verdaderamente. Y nos disponemos ahora para el Acto Penitencial, pidiendo la gracia de entrar en el silencio donde Dios habla.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú nos llamas de la distracción a la quietud del corazón. Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú nos enseñas a confiar en el Padre que sabe lo que necesitamos antes de pedirselo. Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú nos invitas a orar con sencillez y verdad como hijos amados. Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que el Dios de infinita paciencia y misericordia, que no escucha el volumen de nuestras palabras sino la sinceridad de nuestros corazones, nos purifique de todo rastro de autosuficiencia y de ansiedad, y nos atraiga a la serena confianza de su amor; y, habiendo perdonado nuestros pecados, nos conduzca del hablar inquieto al silencio confiado y a la vida eterna.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, Padre nuestro, que conoces nuestras necesidades antes de que hablemos y ves en lo profundo de nuestros corazones, concédenos no perdernos en muchas palabras ni en esfuerzos ansiosos, sino aprender a descansar en la sencillez de la confianza y en la certeza de tu providencia. Derrama sobre nosotros el Espíritu de tu Hijo, para que en la oración y en la vida busquemos ante todo tu Reino y tu voluntad, y así encontremos la paz en tu presencia.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Una vez, un anciano campesino acudía cada día a la iglesia de su pueblo. No sabía leer ni pronunciar oraciones largas. Se sentaba en un banco, miraba el sagrario y repetía sencillamente: “Señor, aquí estoy.” Algunos se preguntaban qué sentido tenía una oración tan breve. Pero con el paso del tiempo, muchos notaron en él una paz

profunda, una bondad serena, una fe firme. Sin muchas palabras, su corazón hablaba de verdad.

Esto es precisamente a lo que Jesús apunta en el Evangelio de hoy. Advierte a sus discípulos que no “hablen mucho” como los paganos, como si Dios necesitara ser convencido por la cantidad de palabras.

Dios no es distante, ni olvidadizo, ni renuente. “Su Padre sabe lo que necesitan antes de pedirselo.” La oración, entonces, no consiste en informar a Dios, sino en abrirnos a Dios.

En el corazón del Padrenuestro hay un movimiento de entrega. Antes de pedir nada, rezamos: santificado sea tu nombre, venga tu Reino, hágase tu voluntad. Estas no son solo palabras: son una reorientación del corazón. Salimos del control para entrar en la confianza. Dejamos de intentar manejar a Dios y comenzamos a dejar que Dios sea Dios.

Luego viene la sinceridad de la necesidad humana: el pan de cada día, el perdón y la protección en la prueba.

Notemos cómo la oración nunca es “mía”, sino siempre “nuestra”. Jesús nos enseña que la oración auténtica nunca es aislada. Nos introduce en la comunión, en la dependencia compartida, en la misericordia compartida. Incluso el perdón es algo que recibimos y que debemos transmitir.

Y debajo de todo se encuentra el “hilo conductor” del Evangelio de hoy: de muchas palabras a un corazón confiado. La calidad de la oración no se mide por el volumen, sino por la entrega; no por la persuasión, sino por la apertura; no por el esfuerzo de mover a Dios, sino por permitir que Dios nos mueva a nosotros.

Un viejo monje decía que comenzó su vida de oración intentando hablarle a Dios, pero la terminó dándose cuenta de que Dios le había estado hablando todo el tiempo. En sus últimos años ya no usaba muchas palabras. Simplemente se sentaba cada mañana con el Padrenuestro en sus labios, repitiéndolo lentamente, hasta que incluso las palabras se volvían silencio, y el silencio se

convertía en presencia. Y en esa quietud descubrió lo que Jesús había enseñado desde el principio: el Padre ya sabe, ya ama, ya da.

Y así, hoy se nos invita a dejar nuestro ruido, a confiar en la sencillez del Padrenuestro y a permitir que nuestros corazones sean atraídos —no hacia muchas palabras, sino hacia la única palabra que más importa: Padre.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Hermanos y hermanas, instruidos por el Señor para confiar más que para multiplicar palabras, presentemos ahora estos dones con humilde sencillez, seguros de que el Padre que ya conoce nuestras necesidades acoge también la ofrenda silenciosa de nuestros corazones. Oremos juntos.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor de toda la creación, recibe las ofrendas que te presentamos no como palabras de persuasión, sino como signos de confianza y de amor. Transfórmalas, así como nos transformas a nosotros, para que nuestros corazones

distraídos se vuelvan atentos, nuestros espíritus inquietos encuentren la paz, y nuestra oración sea una verdadera entrega a tu voluntad.

Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

Porque en tu Hijo Jesucristo no nos has dejado vagar en el ruido de nuestros propios pensamientos ni buscarte con palabras ansiosas, sino que te has revelado como un Padre que ya conoce, ya ama y ya provee. En Él nos enseñas que la oración no es una actuación sino comunión, no persuasión sino confianza, no muchas palabras sino un solo corazón vuelto hacia ti.

Por Él reúnes a una humanidad dispersa en una sola familia, enseñándonos a decir no solo “mi pan”, sino “nuestro pan de cada día”; no solo “mi perdón”, sino “nuestro perdón”; no solo “protégeme”, sino “líbranos”. Y

así formas en nosotros un pueblo que aprende a orar con sencillez y a vivir en la confianza.

Por eso, con los ángeles y arcángeles, proclamamos tu gloria...Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Fieles a la recomendación del Salvador y siguiendo su divina enseñanza, nos atrevemos a decir con corazón sencillo y confiado:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males, y concédenos la gracia de pasar de la ansiedad a la confianza, de las palabras inquietas a la serena seguridad en tu cuidado de Padre; concédenos la paz en nuestros días, para que, ayudados por tu misericordia, vivamos siempre libres de pecado y protegidos de toda perturbación, mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, que nos enseñaste a no vivir angustiados en la oración sino a descansar en el cuidado del Padre, no mires nuestros muchos temores sino la fe que despiertas en nuestros corazones, y concédenos bondadosamente la paz en nuestros días, para que, libres de la agitación interior, vivamos en la serena confianza de tu amor. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el que es la Palabra viva del Padre, que no nos abrumba con muchas palabras, sino que se nos da como Pan sencillo para la vida del mundo. Dichosos los invitados a la paz de esta comunión.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Habiendo recibido al Señor que nos enseña a orar con confianza, somos invitados a dejar que el silencio crezca nuevamente dentro de nosotros. No toda necesidad debe ser expresada, no todo temor debe ser pronunciado. En

Cristo, el Padre ya sabe, ya ama, ya provee. Dejemos que nuestro corazón descanse ahora en ese conocimiento.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Oh Dios, que nos alimentas con el Cuerpo y la Sangre de tu Hijo, concédenos que lo que hemos recibido con nuestros labios lo abracemos con un corazón confiado, para que, libres de la ansiedad y de la multiplicación de palabras, vivamos en la serena certeza de tu presencia. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor, que les enseña a orar con confianza y no con temor, que aquietta el ruido de sus corazones y los llena de su paz, los bendiga, el Padre, y el Hijo ✠ y el Espíritu Santo. Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, confiando no en muchas palabras, sino en Aquel que escucha el corazón.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

La oración no cambia la voluntad de Dios de amarnos; cambia nuestra disposición a confiar en Él.

19 de junio de 2026 – Viernes, 11ª Semana del Tiempo Ordinario

2 Re 11,1-4.9-18.20; Mt 6,19-23

“Donde está tu tesoro, allí estará también tu corazón.”

INTRODUCCIÓN

Un hombre guardó todas sus posesiones más valiosas—reliquias familiares, documentos importantes y sus ahorros—en lo que él creía que era el lugar más seguro que podía encontrar: un sistema de caja de seguridad de alta tecnología. Durante años nunca lo revisó, convencido de que su futuro estaba completamente protegido. Pero un día, cuando necesitó acceder con urgencia, descubrió que aquello en lo que había confiado tan plenamente había sido comprometido mucho antes de que él se diera cuenta. Lo que pensaba que era seguro le había fallado silenciosamente.

Esta pequeña historia refleja una pregunta más grande sobre dónde se encuentra realmente la seguridad humana. A menudo invertimos nuestra energía, nuestra

atención y nuestra confianza en cosas que parecen estables—el dinero, el estatus, los logros o el control del futuro. Sin embargo, a medida que la vida se desarrolla, estas seguridades pueden resultar frágiles. La palabra de Dios hoy nos invita suavemente a volver a examinar sobre qué estamos construyendo nuestra vida y qué consideramos verdaderamente duradero.

En la primera lectura, el frágil trono de Judá es ocultado, protegido y finalmente restaurado por la providencia escondida de Dios. Lo que parece perdido políticamente es conservado silenciosamente en el templo. El plan de Dios no es derrotado por la violencia o la ambición humanas. En el Evangelio, Jesús habla de otro tipo de visión—el “ojo” claro o nublado que determina si toda nuestra vida está llena de luz o de oscuridad. Ambas lecturas nos conducen hacia una verdad más profunda: lo que atesoramos da forma a lo que vemos, y lo que vemos da forma a lo que llegamos a ser.

Y así, venimos ante el Señor conscientes de cuán fácilmente nuestros corazones se dividen, nuestra visión

se nubla y nuestra confianza se coloca en lugares equivocados. Pedimos perdón por las veces en que nos hemos aferrado a seguridades pasajeras en lugar de la verdad duradera, y por las veces en que nuestros corazones se han alejado de la luz de la presencia de Dios. Con esta conciencia, nos volvemos ahora al Señor, que es nuestro único y verdadero tesoro.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú que nos llamas a apartarnos de las falsas seguridades hacia las riquezas de tu Reino: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú que purificas el ojo del corazón para que toda nuestra vida esté llena de luz: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú que custodias lo que está escondido en ti y lo haces dar fruto a su debido tiempo: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, que tantas veces ponemos nuestra confianza en lo que puede ser arrebatado o perdido, y nos perdone por las veces en que hemos protegido falsas seguridades mientras descuidábamos el tesoro de su presencia escondida en medio de nosotros. Que Él libere nuestros corazones del miedo y de la división, así como una vez preservó la promesa escondida del reino en el secreto de su templo, y restaure en nosotros una visión clara e indivisa, para que caminemos en la luz que ninguna oscuridad puede vencer. Y, perdonados nuestros pecados, nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que eres el tesoro que no falla de quienes te buscan con corazón sincero, concédenos que, en medio de las seguridades cambiantes de este mundo,

fijemos nuestra mirada en tu Reino y seamos iluminados por tu verdad.

Así como preservaste la promesa escondida del niño real en tiempos de oscuridad, manténnos fieles en la esperanza cuando tu obra parezca invisible en nuestras vidas.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Una reina violenta se apodera del poder. Atalía, movida por el miedo y la ambición, extermina a la familia real para asegurar su trono. Sin embargo, en medio del derramamiento de sangre, un niño—Joás—es escondido en el templo, protegido en secreto durante seis largos años. Mientras el reino parece pertenecer a la oscuridad, la promesa de Dios respira silenciosamente bajo la superficie, preservada por manos fieles. Cuando llega el momento oportuno, el niño es revelado, ungido y la alianza

es renovada. Lo que parecía perdido es restaurado; lo que parecía olvidado se convierte en portador de esperanza. Este drama oculto revela algo esencial sobre el modo de obrar de Dios: su tesoro a menudo está escondido donde el mundo no mira. El verdadero rey no es preservado en los palacios del poder, sino en el santuario silencioso de la fe. En el Evangelio, Jesús dice: “No acumulen tesoros en la tierra... acumulen más bien tesoros en el cielo”. La seguridad terrena puede ser arrebatada o derrumbarse de un día para otro, pero lo que está arraigado en Dios no puede ser borrado por el tiempo ni por la violencia. Jesús va más profundo: “La lámpara del cuerpo es el ojo”. Un ojo sencillo y claro llena de luz a toda la persona; un ojo dividido sumerge todo en la oscuridad. Aquello en lo que más fijamos la mirada da forma a lo que llegamos a ser. Si nuestra mirada está fija en la posesión o el control, nuestro mundo interior se oscurece. Pero si está fija en Dios—su Reino, su justicia y su misericordia—entonces incluso las vidas frágiles se vuelven luminosas de sentido. Joás y el Evangelio se encuentran aquí. Escondido en el

templo, Joás es custodiado dentro del corazón de la promesa de Dios, no definido por el caos exterior sino por la alianza interior. De la misma manera, Jesús nos llama a anclar nuestro corazón no en lo que puede perderse, sino en lo que no puede ser arrebatado: la vida en Dios.

Un cuidador de faro dijo una vez que su tarea no era crear la luz, sino mantener limpio el cristal para que la luz pudiera verse. Si la lente está empañada, los barcos corren peligro—no porque la luz falle, sino porque no puede pasar. Así también, el Evangelio nos invita a mantener limpia la “lente” del corazón, para que la luz de Dios brille a través de nosotros sin obstáculo.

Y cuando esa luz llena el corazón, descubrimos lo que la historia de Joás revela silenciosamente: nada de lo que Dios ha escondido en el amor se pierde jamás, y nada de lo que se le confía se desperdicia.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Queridos hermanos, al presentar ante el Señor estos dones de pan y vino, ofrezcamos con ellos nuestros corazones, pidiendo que sean liberados de los apegos falsos y hechos enteramente un tesoro en Dios.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor, acepta las ofrendas que ponemos sobre tu altar y purifica nuestros corazones del deseo de riquezas pasajeras, para que, transformados por este sacrificio, busquemos ante todo tu Reino y su luz. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

Porque has escondido las riquezas de tu Reino no en el esplendor del poder terrenal, sino en la fidelidad silenciosa de quienes confían en ti. Tú preservaste la promesa del trono en el secreto de tu templo, y revelaste en plenitud al verdadero Rey, Cristo tu Hijo, en quien todo lo escondido es llevado a la luz. En Él nos enseñas que donde está nuestro tesoro, allí estará nuestro corazón, y que el ojo hecho sencillo por la fe se convierte en lámpara del alma. Por Él se disipa la oscuridad de la codicia, y la luz de tu verdad llena los corazones de tus fieles. Por eso, con los ángeles y todos los santos, proclamamos tu gloria diciendo: Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Oremos con confianza al Padre, pidiendo la gracia de buscar el tesoro que no perece y de mantener nuestro corazón fijo en su Reino:

EMBOLISMO

Líbranos de todos los males, Señor, y concédenos la paz en nuestros días, para que, con la luz de un corazón indiviso puesto en ti, seamos libres de las inquietudes de las cosas pasajeras, mientras esperamos la feliz esperanza y la venida de nuestro Salvador, Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, tú revelas que un corazón dividido cae en la oscuridad y que un corazón puesto en ti se llena de luz. Concédenos la paz que nace del amor indiviso, para que, libres del apego ansioso a los tesoros de la tierra, descansemos en la alegría de tu Reino. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios, que es el verdadero tesoro escondido y revelado, dichosos los llamados al banquete de su luz.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Habiendo recibido al Señor, el único tesoro que no se desvanece, somos invitados a dejar que su luz purifique la “lente” de nuestro corazón.

Como el cuidador que mantiene la claridad del cristal del faro, estamos llamados a conservar nuestra visión interior libre de lo que oscurece a Dios, para que la luz de Cristo brille en nuestra vida cotidiana sin impedimento.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Renovados por este don celestial, Señor, te pedimos que lo que hemos recibido en el misterio moldee nuestros deseos y dirija nuestros corazones hacia el verdadero tesoro de tu Reino. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor, que es el único y verdadero tesoro,
mantenga sus corazones libres de todo lo que pasa.
Que haga clara su visión,
para que toda su vida esté llena de su luz.
Y que la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes y
permanezca para siempre. Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, con el corazón anclado en el tesoro que
sólo Dios conserva, llevando la luz de Cristo con un ojo
sencillo que revela su Reino escondido en el mundo.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

Aquello que más atesorado ya está dando forma a lo que
estoy llegando a ser—
por eso cuidaré mi corazón fijándolo en el Señor que no
pasa.

**20 de junio de 2026 – Sábado, 11ª Semana del Tiempo
Ordinario**

2 Cr 24,17-25; Mt 6,24-34

“Busquen primero el Reino de Dios.”

INTRODUCCIÓN

Un hombre se dio cuenta, a mitad de su trayecto al
trabajo, de que había dejado su billetera en casa. Mientras
el tren avanzaba traqueteando, su mente comenzó a girar
sin control: cuentas sin pagar, compras imposibles, citas
interrumpidas, vergüenza esperándolo. Para cuando llegó
a su parada, ya había “vivido” una docena de desastres
que aún no habían sucedido. Cuando finalmente encontró
la billetera sobre la mesa de su cocina esa misma noche,
se rió de sí mismo, pero también reconoció cuán real se
había sentido su ansiedad durante el viaje.

Reconocemos esa experiencia. Gran parte de la vida
humana se vive no solo en el presente, sino en los
mañanas imaginados—algunos esperanzadores, muchos
temerosos. Nuestros corazones se llenan fácilmente de

preocupaciones sobre la seguridad, el sustento y el control.

Sin embargo, el Evangelio de hoy cuestiona suavemente el peso interior que damos a estas preocupaciones. Nos invita a examinar lo que gobierna silenciosamente nuestras decisiones y deseos: en qué confiamos, qué perseguimos y qué tememos perder.

Ahora, en la presencia de Dios que conoce nuestros corazones inquietos y nuestros deseos divididos, confesamos las veces en que hemos permitido que el miedo nos gobierne más que la confianza, y que las posesiones hablen más fuerte que tu promesa de providencia.

ACTO PENITENCIAL

Tú nos llamas a buscar primero tu Reino, pero a menudo hemos buscado seguridad al margen de ti. Señor, ten piedad.

Tú nos invitas a confiar en tu mano que guía el camino, pero a menudo hemos caminado por delante con una autosuficiencia ansiosa. Cristo, ten piedad.

Tú prometes que todo lo que necesitamos nos será dado a su debido tiempo, pero a menudo hemos vivido como si estuviéramos solos en el camino. Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros corazones divididos y nos libere de la ansiedad inquieta, para que podamos nuevamente buscar primero su Reino y caminar en la paz de su voluntad. Y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que nos enseñas a no dejarnos dominar por la ansiedad sino a confiar nuestra vida a tu cuidado de Padre, concédenos que busquemos por encima de todo tu Reino y tu justicia, para que, liberados del peso de temores desordenados, podamos caminar con la serena

confianza en tu providencia.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo
y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Un guía de montaña conducía a unos excursionistas inexpertos a través de un paso estrecho y exigente. El clima cambió rápidamente y el viento se levantó. Uno de los escaladores se puso ansioso y preguntaba continuamente: “¿Tenemos suficientes provisiones? ¿Llegaremos? ¿Y si se nos acaban?” El guía se detuvo y dijo: “Estás haciendo las preguntas correctas, pero en el momento equivocado. Primero, confía en el camino y permanece cerca de mí. Las provisiones serán suficientes si no abandonas la ruta.”

Esto es muy cercano a lo que Jesús hace en el Evangelio de hoy: “No se preocupen por su vida, qué van a comer, ni por su cuerpo, qué van a vestir.” Él no está negando que estas cosas importen—en otros lugares insiste en que los

hambrientos deben ser alimentados y los desnudos vestidos. El problema no es el cuidado, sino la ansiedad que consume; no la responsabilidad, sino darle un lugar absoluto a lo que no lo tiene.

Jesús plantea una pregunta más profunda: ¿En qué pones tu corazón? Porque donde va el corazón, todo lo demás lo sigue. Si está fijado en la seguridad y las posesiones, incluso las cosas necesarias se convierten en cargas de temor. Si está puesto en el Reino de Dios, incluso la incertidumbre puede vivirse en confianza.

De ahí su claridad: “Busquen primero el Reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se les dará por añadidura.” La justicia de Dios es la voluntad de Dios—su sueño de justicia, misericordia, verdad y amor. Esto hace eco del Padre Nuestro: “Venga tu Reino, hágase tu voluntad”, antes de pedir el “pan de cada día.”

Las Escrituras nos invitan a reordenar nuestras prioridades. En la primera lectura, el rey Joás comienza bien, pero pierde la fidelidad cuando otras voces

sustituyen la palabra de Dios. Un corazón dividido rara vez permanece fiel.

San Pablo también conoció la lucha interior. Su “aguijón en la carne” permaneció, pero descubrió que la gracia de Dios era suficiente. No todas las ansiedades desaparecen, pero pueden ser llevadas dentro de la confianza.

Así, el Evangelio nos devuelve a la sencillez: la vida no se asegura por la acumulación, sino por la comunión con Dios. Los paganos corren tras estas cosas, pero los discípulos están llamados a una libertad diferente—la libertad de quienes saben que están sostenidos.

Una vez, una niña preguntó a su padre en un campo seco: “¿Tendremos suficiente comida?” Él respondió: “Haremos lo que debemos hacer. Pero no caminamos solos.” Ella sostuvo una semilla y dijo: “Entonces no tendré miedo de sembrarla.” Y juntos sembraron, confiando en que el mañana ya estaba en las manos de Dios.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Presentemos al Señor estos dones de pan y vino, signos de nuestra vida y de nuestro trabajo, pidiendo que, libres de la ansiedad que se aferra, aprendamos a confiar todas las cosas a su Reino de amor.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor, Dios nuestro,
acepta las ofrendas que colocamos sobre tu altar,
y enséñanos por medio de este sacrificio
a buscar primero no lo que pasa,
sino las riquezas que permanecen en tu Reino.
Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación,
darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

Porque en tu Hijo Jesucristo
nos has revelado un Reino no construido sobre la

ansiedad o la posesión,
sino sobre la confianza, la misericordia y la libertad del
corazón.

Tú no abandonas a tus hijos en su necesidad,
sino que los guías como un pastor conduce a su rebaño
por caminos inciertos.

En Cristo nos enseñas que la vida no se asegura por lo
que acumulamos,
sino por el amor con que somos sostenidos.

Y por eso, con todos los ángeles y los santos,
proclamamos tu gloria, diciendo a una sola voz:
Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios del universo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Fieles a la recomendación del Salvador
y siguiendo su divina enseñanza,
nos atrevemos a decir con corazones ya no divididos por
el miedo,
sino orientados hacia la venida de su Reino:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males,
especialmente de la ansiedad que nos hace vivir
adelantándonos a tu gracia,
y concédenos la paz en nuestros días,
para que, libres del temor a la carencia o a la
incertidumbre,
confiemos en el camino que pones ante nosotros
y, como quienes permanecen cerca del guía,
descubramos que lo necesario se nos da a su debido
tiempo, mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro
Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, tú nos enseñas a no angustiarnos por el
mañana, sino a confiar en el Padre que provee todo a su
debido tiempo.

No tengas en cuenta nuestras preocupaciones, sino
nuestra fe, y concédenos aquella paz
que permite al corazón buscar primero tu Reino.
Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios,
que no nos abandona en nuestros temores,
sino que nos alimenta con el don de su vida,
para que aprendamos a confiar en el Padre que conoce
todas nuestras necesidades.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Hemos recibido el Pan de vida,
prenda de que no estamos solos en el camino.
En Él, la ansiedad pierde su última palabra,
y la confianza vuelve a ser posible.
Somos enviados no con certezas sobre el mañana,
sino con la seguridad de la presencia de Dios en medio de
él.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Alimentados con este santo sacramento, te pedimos,
Señor,
que aprendamos a buscar primero tu Reino
y a vivir con tal confianza

que todas nuestras necesidades sean modeladas por tu
providencia.

Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor, que viste a los lirios del campo y alimenta a
las aves del cielo,
revista sus corazones de confianza y llene sus vidas de
paz;
y los mantenga libres de la ansiedad inquieta
mientras buscan primero su Reino y su justicia.

Y la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo,
descienda sobre ustedes y permanezca para siempre.
Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz,
buscando primero el Reino de Dios en todo lo que hagan.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

Aquello que tememos revela en qué confiamos—
y hoy el Señor nos invita suavemente a confiar más en Él.